

parte primera **analítica  
existencial y  
psicoanálisis**



J.-L. N. No obstante, para Heidegger, la época que se clausura como época de la metafísica, que clausura tal vez la epocalidad como tal, es la época de la metafísica de la subjetividad, y el fin de la filosofía es la salida de la metafísica de la subjetividad...

J. D. Pero esta «salida» no es una salida, ella no se deja asimilar a un pasar más allá, a una caducidad, menos aún a una «liquidación».

J.-L. N. No, pero yo no veo en Heidegger, positiva o afirmativamente, de qué hilo sería aun dable tirar respecto de la temática o de la problemática del sujeto, aun cuando puedo ver que se trata de la verdad, de la manifestación del fenómeno...

J. D. Sí. Pero dos cosas. El desarrollo muy sumario que acabo de arriesgar responde rápidamente a aquello que puede tener de sumario, justamente, esta *doxa*, que no se toma el trabajo de analizar de cerca, de forma diferencial, las estrategias diferenciadas de todos estos tratamientos del «sujeto». Hubiéramos podido tomar ejemplos más próximos a nosotros, pero dejemos esto. El efecto *dóxico* consiste en decir: todos estos filósofos creen haber puesto al sujeto detrás de ellos...

Jacques Derrida entrevistado por Jean-Luc Nancy (1989). Revista *Pensamiento de los confines*, 17, dic.

2005. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.



# I Defecto ontológico de la *existencia*. Deuda y culpa

En *Ser y Tiempo*, en la presentación de la llamada *Analítica existencial* del «ser ahí» [de la *existencia*], tanto el lector de Freud como el clínico del psicoanálisis encuentran con asombro que Heidegger, al proponerse mostrar el carácter *finito y negativo* de la existencia, señala que la manifestación más radical de la misma es que la *existencia* está construida desde la culpa y la deuda.

La opacidad de la *existencia* se diferencia de la transparencia del *cogito* que rige la subjetividad moderna por el hecho mismo de que la *existencia*, que se pregunta por la diferencia entre el ser y el ente, presenta como huella inaugural de su finitud, como marca irremediable de su ausencia de plenitud, el estar atravesada de entrada por un defecto; pero no se trata de un déficit de algo, no falta ni esto ni aquello, es el mismo ser el que es defectuoso y, para decirlo en términos heideggerianos, es un *defecto ontológico*, vale decir, estructural, que surge en el advenimiento del ser en el mundo. Antes de que toda conciencia se instale, antes de que toda pregunta kantiana sobre qué debo hacer o esperar sea formulada, la *existencia* está en la deuda y es culpable. La *existencia* es deudora y culpable, en primer lugar, porque ha sido arrojada al mundo, no se ha puesto a sí misma; es un *no ser* en su propio surgimiento, está anclada, desde el origen, en circunstancias que no ha elegido y que no puede rebasar. No hay nada en la *existencia* que le permita concebirse como dueña de sí; ella ha sido *deyectada* en el mundo, sin fundamento alguno y, aunque el ser se encuentre con sus posibilidades, éstas no sólo no son ilimitadas sino que están restringidas por las características mismas del estar *arrojado*. Esta dimensión finita y negativa del ser le impone a la existencia la condición patética de estar siempre *más acá* de sus posibilidades, surgir y

permanecer en lo *inauténtico* y refugiarse de su desamparo radical en las habladurías cotidianas.

La permanencia de la culpa y la deuda se sostienen en una anterioridad lógica con respecto a cualquier emanación de la conciencia moral. Se puede tener una deuda tras otra, contravenir leyes, lesionar el derecho del otro, estar en infracción. Estas diversas modalidades no sólo no condicionan la deuda y la culpa originarias, sino que la prosiguen. Dicho de otro modo, la culpabilidad «originaria» constituye la condición de posibilidad de las distintas faltas y endeudamientos que se contraen eventualmente con la realidad. Por lo mismo, el ser, al no estar nunca en posesión de su ser más propio, no es más que un *proyecto*, una insistencia.

El lector del texto freudiano sabrá quizás encontrar en la presentación de la analítica de la *existencia*, las huellas del relato neurótico. ¿Qué otra cosa profiere el neurótico cuando arremete contra lo vano de la existencia modulando su «falta de ser», en la espera de que algún sentido venga a paliarla? Si hay un afecto primario en relación a la palabra es, justamente, el que se consagra en la queja neurótica al traducir subjetivamente esta falta de ser, impuesta en el sujeto por la estructura del lenguaje. El dolor que el sujeto se procura a sí mismo más allá de toda intención, la rumiación incesante de una deuda anterior a cualquier prestación, el sentimiento de culpabilidad previo a todo accionar, la desidia obligada, la compulsión a trabajar, son las formas elementales que ilustran la tachadura subjetiva que Lacan supo mostrar en su forma estructural. A saber, el sujeto que surge de los significantes que organizan su advenimiento no encuentra el modo de localizar su ser en símbolo alguno. La castración, en el sentido freudiano, quiere decir que el acceso a un ser pleno de goce está prohibido a aquel que habla. El ser deudor y culpable de Heidegger se encuentra y se reformula en la lógica de Jacques Lacan; ahora es el sujeto del inconsciente el que traduce su falta de ser en términos de culpa y deuda.

La célebre cuestión heideggeriana del *ser para la muerte*, expresión que el mismo Lacan mantiene como un problema referido al fin del análisis en *Función y campo de la palabra*, debe ser distinguida de una mera rumiación obsesiva sobre la muerte; pues no se trata de una clausura sobre sí mismo sino de una apertura, una apertura a una posibilidad, la más propia, singular y, a la vez intransferible, porque nadie puede ocupar ese lugar sino el ser que en eso es requerido. Es cierto, según Lacan, que el sujeto puede asumir semejante singularidad, y ésta no será una mera veleidad del yo que esté ocultando el modo particular fantasmático de gozar, si pasa necesariamente por la castración.

## 2 Decisión

Hay que destacar que el lugar de la Muerte en la analítica existencial conduce al problema de la «decisión». A partir de allí, una experiencia imposible o la posibilidad de «una imposibilidad» intransferible, debe ser decidida. Mientras la muerte impersonal y anónima aún está en el ámbito de la «impropiedad», el *ser para la muerte* es una operación que no implica ningún contenido a realizar, pues incluso ni siquiera se trata de significar la muerte, es un vaciamiento del *Pathos* siempre presente en la rumiación de la deuda y la culpa. Es a partir del ser deudor y culpable, cuando la *existencia* «en su «impropiedad» es llamada a «apropiarse de...»». A su vez las condiciones de esa experiencia exigen una determinada situación. Tal como lo recuerda Agamben, en el campo de concentración, al haberse destruido la distancia irreductible entre lo propio y lo impropio, en ese lugar donde la «fábrica de cadáveres» prosigue un automatismo regular y sin corte, la *existencia* no puede hacer ya la experiencia de su decisión. Para poder querer o no las posibilidades de la propia *existencia*, se debe respetar la contingencia en la que estructuralmente se da el caso, esa donde pueda decidir su «asunción».

Ninguna determinación de la *existencia*, al modo de un ente, ya sea como determinación biológico-racista, ya sea su sublimación actual que busca el resorte genético de las elecciones, respeta esta condición de contingencia y decisión. La *existencia*, tal como el sujeto lacaniano, se opone y se «resta» de la oposición animal-humano, individuo-sociedad, infantil-adulto, su «enraizamiento» en la facticidad hace que se presente siempre como una excepción con respecto al *para todos*.

Lo que en psicoanálisis se llama *castración*, es decir, la imposibilidad del sujeto de unificarse tanto en su cuerpo como en el sentido

de su existencia, es el punto de partida a través del cual el sujeto es apropiado y expropiado por la tarea de su elección. Sólo hay castración donde el lenguaje y el goce de la pulsión se cruzan. En este aspecto, se puede afirmar que el goce no está presente en el animal en la medida en que el animal es «pobre en mundo». El *ser en el mundo*, en tanto *a priori* estructural y material, es el lugar para el psicoanálisis donde el lenguaje y el sexo se cruzan en el goce. La estructura del *ser en el mundo* en tanto *a priori* no se puede inferir, sólo cabe realizarla a aquel que le va el ser. Es a esa realización fallida a la que en psicoanálisis se llama inconsciente.

La *existencia*, a la que sólo le cabe dar cumplimiento en su cotidianeidad al *a priori* que la constituye, no puede hacer otra cosa que autointerpretarse, por razones de estructura, de un modo inauténtico, neurótico-psicótico. La *existencia* no sabe qué es en su *ser en el mundo*, del mismo modo que Lacan afirma que el sujeto no sabe quién es y qué es en el discurso del Otro inconsciente. Ha sido Freud quien ha venido a mostrar en una experiencia de la palabra que no hay apertura, abrirse a, sin pasar por lo que se cifra en el inconsciente. En este aspecto, en la medida en que el saber de la *existencia* nunca es una autoconciencia, su realización, su *impasse* en la apropiación de lo inauténtico se cumple en su alcance correspondiente si se abre al rodeo por el inconsciente. Pero esta formulación toma distancia de esa posición frecuente en algunos seguidores de Heidegger, donde una vez que, a partir del filósofo, se afirma que la modernidad estuvo dominada por una filosofía de la subjetividad, compacta, autoconciente, sin fisuras, ahora debe ser destituida su primacía ontológica y en esa destitución se desentiende, entonces, de toda cuestión atinente a la subjetividad. Si es cierto que la historia de la modernidad ha conducido inexorablemente al triunfo del sujeto metafísico, se trata, entonces, de interrogarse acerca de la clase de condiciones en que puede ser pensada una subjetividad no metafísica. La destrucción del *cogito* realizada por Heidegger, no hay que olvidarlo, conducía en *Ser y Tiempo*, finalmente, a la propuesta de una hermenéutica del «yo soy». Es en lo que el psicoanálisis ha tomado, precisamente, sus derechos. Lacan ha mostrado una y otra vez que la Metafísica del Sujeto, a lo largo de la historia, nunca pudo —aunque ese haya sido su anhelo— terminar de presentar a ese sujeto transparente sin fisuras y dueño de sí.